

Inducir a leer, no atosigar

Ana María Moix, escritora (EL PERIODICO, 22/12/04)

Con motivo de cumplirse 400 años de la primera edición del *Quijote*, el Ayuntamiento de Barcelona ha declarado el 2005 Año del Libro y la Lectura. Única ciudad que aparece nombrada en la obra de **Miguel de Cervantes**, Barcelona, donde transcurren cuatro capítulos de la segunda parte (del LXI al LXV), "comienza su andadura como ciudad literaria gracias a que **Cervantes** la escogió", escribe **Carme Riera**. "Con su elección hizo posible que la capital de Catalunya fuera internacional ya desde el siglo XVII, a partir del momento en que el *Quijote* se convierte en el libro más traducido después de la Biblia". En efecto, **Cervantes** internacionalizó Barcelona como ciudad literaria no sólo por nombrarla en su libro, sino, además, por describir en ella una visita de don Quijote y Sancho a una imprenta de libros.

Así, en el capítulo LXII, al día siguiente de haber entrado en la ciudad por la Puerta de Mar y tras haber sido acompañados a casa de su anfitrión don Antonio Moreno, "dióle gana a don Quijote de pasear la ciudad a la llana y a pie, temiendo que si iba a caballo le habían de perseguir los muchachos, y así, él y Sancho, con otros dos criados que don Antonio le dio, salieron a pasearse. Sucedió, pues, que yendo por una calle, alzó los ojos don Quijote, y vio escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: 'Aquí se imprimen libros', de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese".

Curioso ese deseo de **Cervantes** de que su personaje de ficción, atacado por el mal de la lectura en desmesura, visitara una imprenta de libros, cuna, por así decirlo, de su criatura.

Según los especialistas en la obra cervantina, la imprenta visitada por don Quijote era la de **Sebastián de Cormellas**, situada en la calle del Call, donde hoy hay una placa conmemorativa.

En ella, vio don Quijote "tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquélla, y, finalmente, toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra". Habló con los oficiales, quienes le explicaban detalles de su oficio, platicó sobre la naturaleza de la traducción con un traductor de un libro toscano y salió del local satisfecho de su visita, no en balde era de las imprentas de donde salían aquellos productos que con tanto afán y deleite había devorado antes de convertirse en el famoso hidalgo, cuando era un mero lector de novelas de caballería.

Es, pues, lógico que Barcelona, ciudad en la que el sector editorial ha sido históricamente decisivo, dedique el Año Cervantes al libro y a la lectura, y que editores, escritores, traductores, librerías y demás profesionales del mundo del libro se sumen a la celebración.

LA INICIATIVA ha sido recibida con agrado por los representantes del mundo

editorial y cultural. Bajo la dirección de **Sergio Vila-Sanjuán**, comisario del proyecto, los actos programados a favor del libro y de la lectura resultan atractivos, interesantes y, sobre todo, estimulantes frente al propósito esencial del evento: la difusión del libro y la incitación de la lectura.

Para lo segundo, es de suma importancia la participación activa de las bibliotecas municipales, que, al parecer, están dando una respuesta más que positiva al respecto programando actos, conferencias, coloquios y exposiciones destinados a atraer al público en general pero, sobre todo, al lector joven e infantil.

Resultaría enormemente positivo que las bibliotecas (cuyo número se ha duplicado en la ciudad en los últimos años y cuyos socios superan la cifra de 350.000) realizaran más una labor de pedagogía que de propaganda del libro en sí.

Lo que, en mi opinión, no debería ser el Año del Libro y la Lectura es un conjunto de eslóganes destinados a publicitar la lectura, al estilo de las pasadas campañas del Ministerio de Cultura que consistían en colgar por las calles y avenidas de toda España carteles en los que aparecía un chimpancé con un libro en la cabeza (por cierto, en la mirada y en el rostro del chimpancé resplandecía una inteligencia que ya quisiéramos muchos lectores).

Estas campañas no sólo son estériles, sino contraproducentes: quienes gustan del placer de la lectura no necesitan ver pósters pegados en las cabinas de teléfonos públicos para recordar que los libros existen, y quienes no leen viven dicha propaganda como una agresión haciéndoles sentirse ciudadanos incultos, de segunda, seres acomplejados por carecer de lo que, al fin y al cabo, es un mero hábito. Un hábito que proporciona conocimientos, que amplía nuestra visión del mundo y del ser humano, que nos hace vivir experiencias que no viviríamos en carne propia, por mil años que viviéramos, y que, sobre todo, es una fuente de placer para quien lo ejerce, pero que no constituye un desdoro para quienes no lo practican.

UN MODO de no atosigar al no lector, pero de inducirle al impagable beneficio de la lectura, es contagiarle el placer de leer. No infundírselo por decreto de ley, que es a lo que huelen las campañas institucionales, sino contagiarle el afán de adentrarse en las páginas de un libro por vía del divino virus de la lectura cultivado por el calor lector surgido de la propia ciudadanía.

El Año del Libro y la Lectura debería ser una celebración ciudadana que, merced al impulso de las instituciones, consiguiera entrar en la vida cotidiana de las gentes y lograr que el libro, la lectura, forme parte de sus ocios, de sus conversaciones, de su soledad, de su pensamiento, de su manera de sentir. El lema elegido para la conmemoración no puede ser más acertado: *Més llibres, més lliures*.

Ojalá el próximo 2005 responda a esta proclama.